



CAPÍTULO III.

La Oracion dominical.

LA oracion perfecta es la oracion cristiana, y la oracion cristiana por excelencia es la que llamamos el *Padre nuestro*. Todos los pueblos de la tierra han orado; aún más, toda criatura racional, que ha respirado el aire penoso de este valle de lágrimas que se llama mundo, más de una vez ha orado, aunque no haya tenido maestro que le enseñase; como sin maestro ha llorado, reído y efectuado otras operaciones naturales del alma, porque la oracion es la súplica que exhala espontáneamente un corazon necesitado, y dirige hácia Aquel que puede atender y aliviar todas nuestras miserias. Mas esta oracion rudimentaria no basta al cristiano; elevado

sobre todos los demás hombres que no recibieron el espíritu de adopcion, ha de comunicarse con su Criador, Señor de todo lo que existe, de una manera más íntima, más afectuosa, más noble, más confiada, más filial; en una palabra, ha de orar en espíritu y verdad, ó lo que es lo mismo, el cristiano ha de ser un verdadero adorador. Los antiguos no conocieron la verdadera adoracion, y si la conocieron la olvidaron, como no conocieron la verdadera ley, ó á lo menos la corrompieron con crasos errores; por esto nuestro Señor Jesucristo, en aquel tan admirable sermón de la montaña, que los Evangelios consignan largamente, cumpliendo su oficio de Maestro, enseñó á sus discipulos no sólo la verdadera ley, sino tambien la verdadera oracion, al enseñarles la oracion del *Padre nuestro*. Esta es, pues, la oracion verdadera, y aún en cuanto á su substancia la única que debe usar el cristiano: no hay otra que de lejos pueda con ella compararse: por siglos y siglos que los hombres trabajen no encontrarán una fórmula más adecuada para comunicarse con Dios, y aún cuando tú pases todos los dias de tu vida en la consideracion y contemplacion de

la misma, no llegarás á agotar sus fecundísimos tesoros. Los santos Padres antiguos la llamaron Breviario del Evangelio, es decir, abreviacion, quinta esencia del Evangelio; y su contenido ha sido amorosamente estudiado desde los primitivos doctores cristianos hasta los más recientes ascéticos, desde Tertuliano, el rígido y sapientísimo polemista africano, hasta santa Teresa de Jesús, la viva y afectuosa monja española. Jesucristo quiso que su pueblo tuviese una sola ley y una sola oracion, que fuese *un pueblo de un solo labio*, ó sea que hablase con el Padre celestial en un mismo lenguaje; que el murmullo de las oraciones humanas que deben levantarse de todos los pueblos de la tierra hácia el trono del Eterno, tuviese la dulce melodía de la unidad; por esto todos los hombres debemos al unisono dirigirnos á Dios, los jóvenes y los vírgenes, los ancianos y los de edad madura, los sabios y los ignorantes, todos á una voz debemos adorar al Padre celestial, cuya familia somos. Esta es la oracion de todos y la de cada uno; al rogar con ella ruegas por todos

(1) Genes. xi, 6.

los hijos de la cruz, y todos ellos ruegan por tí; hay en ella un continuo cambio de súplicas, una competencia sumamente agradable á Aquel que vino á enseñar á los hombres á amarse los unos á los otros, amor hasta entonces desconocido. La oracion del *Padre nuestro* es la oracion de la caridad fraterna: el hombre dominado por las malas pasiones del odio y la venganza no puede pronunciarla; su acento seria desagradable á Dios, y antes de ofrecer su oracion al Altísimo ha de ir á reconciliarse con su hermano (1). No se contenta el Señor con el sonido de las palabras, apetece los sentimientos del corazon; no se aplaca ni se inclina hácia nosotros por unas docenas de palabras buenas; los sacrificios materiales, los dones y ofertas puramente exteriores, no son propios de la ley de gracia; los rechaza aquel Dios que es todo espíritu, y que sólo se contenta con las oblaciones puras y pacíficas de nuestro corazon. Las palabras han de significar verdades prácticas, aspiraciones sólidas, deseos eficaces, de lo contrario en las peticiones del *Padre nuestro*

(1) Matth. v, 24.

demostraríamos que éramos de aquellos que quieren neciamente engañar á Dios con la mentira. No hay cosa alguna en que más deba resplandecer la sinceridad que en la oracion del *Padre nuestro*; la sinceridad es tal vez la cualidad más difícil para la flaqueza humana, por esto tambien la oracion del *Padre nuestro* es difícil de ser rezada perfectamente; por esto el día en que con profunda verdad digas el *Padre nuestro* serás un verdadero discípulo de Cristo, ó mejor dicho, serás otro Cristo.

Mas ten entendido que ni un buen pensamiento puedes hacer, si el Señor no viene en tu auxilio para formarle; por lo cual la misma oracion es un medio para orar bien. Aun en las artes humanas, el ejercicio de las mismas es condicion necesaria para salir maestro en ellas; así tambien en este divino arte de la oracion, los aficionados á ella, los que con frecuencia la usan, son los que llegan á jugar diestramente de esta espada, con la que hemos de degollar á los enemigos de nuestra alma, el mundo, el demonio y la carne. Los que no se dan de veras á la oracion nunca sabrán hacerla; al revés, ora de veras, y entonces tu corazon se hará apto para este dulcísimo ejercicio.

§ I.

De cinco excelencias que tiene la oracion del Padre nuestro.

El glorioso doctor santo Tomás de Aquino (1) declara que las cinco principales excelencias que tiene la oracion en general, de un modo particular están contenidas en la del *Padre nuestro*; y las vamos á explicar aquí de una manera compendiosa.

Debe en primer lugar la oracion ser *confiada*: es la base y fundamento de que nuestra oracion sea oída; no debemos vacilar, nuestra confianza ha de ser inquebrantable; no logra fortuna delante de un tribunal el que al apoyar su pretension manifiesta dudas de alcanzar un éxito favorable, porque en esto mismo demuestra ó que no está seguro de tener la razon de su parte, ó de que desconfia de la justicia del juez. Mas al presentarnos delante del Juez celestial, y al pedirle lo que le pedimos en la oracion del

(1) Expos. in orat. dominic.